

RESEÑAS

GUILHEM OLIVIER, *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóatl, 'Serpiente de Nube'*, dibujos de Elbis Domínguez y Rodolfo Ávila, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica, 2015, 945 pp. ISBN 978-607-162-626-4 (FCE); 978-607-026-707-9 (UNAM); 978-2-111-396-13-5 (CEMCA)

En 1997, Guilhem Olivier publicó su ya clásica monografía sobre el dios mexica Tezcatlipoca, “el Señor del Espejo Humean-te”. Ahora presenta un volumen sobre Mixcóatl, “la Serpiente de Nube”, pero este libro no es simplemente un segundo tomo de una obra que al final podría abarcar a cada una de las deidades del panteón azteca. Este proyecto ha evolucionado de forma muy interesante. Ahora se reflexiona sobre todo un complejo ritual que incluye, entre otras cosas, la cacería de venado, prohibiciones alimenticias, el culto a las flechas, los chichimecas, la relación entre los reyes y sus enemigos, los ritos de entronización, diferentes formas de sacrificio y los ritos agrícolas. El uso de comparaciones etnográficas se ha ampliado considerablemente y abarca

regiones distantes de Mesoamérica, además de Perú, Amazonía, Siberia, China, África, la Antigua Grecia y la Edad Media europea. Sin embargo, una estrategia inteligente de exposición evita que el libro se vuelva infinito.

La calidad de la documentación es impresionante, trátase de códices y cronistas, estudios etnológicos o iconografía del arte prehispánico. Todo se expone con sumo cuidado y claridad, sin que la lectura se vuelva tediosa. Parafraseando el viejo proverbio alemán, podríamos decir que a pesar de que cada uno de los árboles se describe con mucho detalle, nunca se deja tener una visión general del bosque. Aludiendo a un ensayo de Gilles Deleuze sobre Marcel Proust, el autor describe su texto con esta metáfora:

[...] intentar tejer una especie de telaraña formada por un conjunto de hilos que coinciden en distintos puntos, fuimos descubriendo paulatinamente una estructura que se caracterizó por su gran coherencia, así como por su capacidad de expansión. De manera ideal, con la llegada de un nuevo elemento, la telaraña registraría en toda su superficie una vibración que provocaría el ataque de la “araña-investigadora”, que integraría nuevos hilos a su obra (p. 635).

En toda esta telaraña, el dios Mixcóatl es una figura recurrente, pero ya no es tan protagonista. El politeísmo mexica ya no se conceptualiza como un conjunto de ceremonias enfocadas en la veneración de figuras divinas, sino que se entiende como un sistema de relaciones. Depredación y alianza, violencia, sexualidad e intercambio, siempre se encuentran en una extraña simultaneidad y dejan entrever un alto grado de sistematicidad. Pero a diferencia de lo que sería un proyecto estructuralista más clásico, el afán de ordenar no se impone como un fin en sí mismo.

Más bien, sobre todo hacia finales del libro, Olivier se acerca al terreno de lo que se conoce hoy en día como “antropología de las ontologías”, corriente inaugurada por los amazonistas

Eduardo Viveiros de Castro y Philippe Descola en la década de los noventa. “Perspectivismo” es otro término que se usa para hablar de estos teóricos y sus seguidores, pero no se considera tan adecuado. Guerra, canibalismo y cacería son tópicos centrales de estos antropólogos. Ya por eso, Olivier cita numerosos trabajos que pertenecen a esta corriente, pero, a lo largo del libro, también menciona autores que se adscriben a escuelas más tradicionales y se enfocan en estudiar las cosmovisiones, los simbolismos y los ritos como escenificaciones de mitos. Mientras que algunos estaríamos muy preocupados por señalar las diferencias entre ambas escuelas, Olivier parece usar las teorías con pragmatismo. Aun las obras de famosos teóricos son leídas, en primer lugar, por el valor de sus datos etnográficos. El estudio de Viveiros de Castro sobre los dioses caníbales (*maï*) de los araweté es de central importancia: “lo que los *maï* encarnan es la ambigüedad esencial del Otro. Los *maï* son los enemigos, pero los *maï* son los arawetés”, se cita hacia el final del libro (p. 653). Pero el libro de Olivier también se inspira fuertemente en James George Frazer y su gran estudio comparativo *La rama dorada*, centrado en la figura del rey sacrificial africano. No podemos evitar la observación de que esta manera de combinar ideas y materiales raya en el eclecticismo. Tener un pie en los tratados de antropología comparada de principios del siglo xx y otro pie en el posestructuralismo del xxi, posiblemente le impidió formular conclusiones más contundentes.

Ahora bien, con el riesgo de formular sobreinterpretaciones ontologistas que el autor tal vez conscientemente eligió evitar, quisiera permitirme llevar sus reflexiones un poco más lejos. Podríamos decir que igual que en los estudios de Viveiros de Castro sobre el canibalismo tupi-guaraní, el punto de partida para entender el complejo ritual mexica es la relación con “el otro”. Esta es una categoría amplia que aquí abarca animales como los venados, los seres que comúnmente se llaman “dioses”, los ancestros, pero también los enemigos de guerra. Como entre los jívaros (*shuar*)

estudiados por Anne-Christine Taylor,¹ hay una simultaneidad de relaciones de identificación y antagonismo con el otro. La relación ambigua entre cazador y venado es el paradigma. Como se ve muy bien en la etnografía de los huicholes reseñada por Olivier, el cazador se identifica con su presa, pero también es importante señalar que, al mismo tiempo que presa y cazador se vuelven uno, cada quien mantiene también su propia identidad. Se puede decir que el cazador experimenta la cacería desde ambas perspectivas. Podría haberse citado más el trabajo de Rane Willerslev² que, mejor que otros “perspectivistas”, logra explicar el carácter parcial de las identificaciones y transformaciones experimentadas por los cazadores chamánicos de Siberia.

En algunos de los pasajes más fascinantes del libro, Olivier explica la relación de identificación antagonista que existía entre los mexicas y sus dioses. Muchas deidades mexicas se consideraban enemigos de los mismos mexicas. Las mujeres embarazadas se identificaban con una deidad, Tlazoltéotl, que daba a luz a enemigos de guerra. Incluso el monarca azteca era un ser doble. Olivier reconstruye un ritual donde el *tlatoani* adoptaba la identidad del dios de sus principales enemigos para generar la figura de Huitzilopochtli-Yáotl, “ciertamente deidad tutelar mexica pero calificada como ‘Enemigo’” (p. 653). Con Marshall Sahlins, un autor que recientemente discute mucho con Viveiros de Castro y Descola, y que tal vez es de las pocas ausencias bibliográficas realmente importantes que noté en el libro, se podría decir que el *tlatoani* era un *stranger king*.³ Pero, aún más interesante, aquí se enfatiza

¹ Anne Christine TAYLOR, “Les masques de la mémoire. Essai sur la fonction des peintures corporelles jivaro”, en *L'Homme. Revue française d'anthropologie*, 165 (2003), pp. 223-248.

² Rane WILLERSLEV, *Soul Hunters. Hunting, Animism, and Personhood among the Siberian Yukaghirs*, Berkeley, University of California Press, 2007.

³ Marshall SAHLINS, “The Stranger-king; or, Dumézil among the Fijians”, en *Islands of History*, Chicago, University of Chicago Press, 2008, pp. 73-103; “The

la naturaleza doble de todos los seres poderosos. Es la simultaneidad de relaciones de identificación y antagonismo que explica cómo un rey o una deidad tutelar son también los peores antagonistas de su propio pueblo, o cómo la deidad de las embarazadas puede ser la madre de los guerreros enemigos.

Tal vez lo más interesante del “giro ontológico” es lo que se conoce como “antropología recursiva”. Ya no se trata simplemente de estudiar las concepciones de una cultura ajena, sino que se analiza la antropología implícita elaborada y aplicada por la población estudiada: sus conceptos de humanidad, de persona y de alteridad, es decir, su ciencia del hombre. En lo que sería, entonces, la antropología recursiva náhuatl elucidada por Olivier, podemos decir que el poder proviene de los ámbitos de la otredad. Relacionarse con estos otros seres es peligroso, pero es la única manera de obtener la vida y el poder. Los rituales son intentos de manejar todas las complicaciones, contradicciones, ambigüedades y paradojas que surgen en la relación entre los humanos que buscan el poder y los seres que pertenecen a los ámbitos de la otredad. En sociedades amerindias el poder es la capacidad de multiplicarse, ser uno a la vez que dos, transformarse controladamente en el otro, ser su propio enemigo, pero vencerlo.

Johannes Neurath

Museo Nacional de Antropología e Historia

stranger-king, or elementary forms of the politics of life”, en *Indonesia and the Malay World*, 36 (105) (1985), pp. 177-199.